

Nombre y apellido: Mariana Elizabeth Ibarra

Pertenencia institucional: UNSa-Conicet

Dirección de correo electrónico: marianaibarra@live.com

El aguante: ¿Resistencia o masculinidad?

El aguante como categoría nativa de las hinchadas de fútbol remite a una moralidad y un modo de ser hincha dentro de ciertas lógicas cuyo valor preponderante es la violencia física. Ahora bien, en este trabajo nos resulta interesante poner en cuestión esta noción en relación a lo que sucede en el fútbol practicado por mujeres. De allí nos surgen algunas preguntas, ¿es posible hablar de aguante en el fútbol femenino? ¿En qué medida nos sirve desnaturalizar su sentido dominante?

En las representaciones (y en la práctica) el fútbol sigue siendo el territorio privilegiado donde construir y reconstruir una masculinidad hegemónica. En este sentido, consideramos necesaria dar la discusión ya sea para reflexionar, descartar, disputar sentidos y/o resignificar. Si siempre los sentidos masculinos estarán marcando la cancha, consideramos interesante parar la pelota y ver qué más hay para decir.

Para eso analizaremos cómo se ve representado el aguante en el caso de las mujeres que deciden jugar al fútbol en la ciudad de Salta.

Aguantar... ¿cosa de machos?

Los estudios sociales del deporte en el país que se han dedicado a estudiar los hechos de violencia en el fútbol, se han concentrado en las hinchadas intentando comprender sus lógicas de funcionamiento e interpretar el sentido que tenía la violencia para las mismas. De estas investigaciones (Alabarces, 2004, 2006; Garriga Zucal, 2006, 2010; Moreira, 2006; Gil, 2005) el aguante aparece predominantemente como un concepto nativo que otorga a las prácticas violentas un valor positivo y de distinción para los hinchas que la ejercen (Alabarces, Garriga y Moreira, 2012: 7-8).

Si bien, tal como señalan Garriga Zucal y Salerno (2008) el aguante¹ es un concepto dinámico que se define en cada esfera social, es posible entenderlo como una ética, una estética y una retórica (Garriga Zucal y Salerno, 2008: 60-61). Constituye una ética y se transforma en una retórica en tanto “se estructura como un lenguaje, como una serie de metáforas” (Alabarces, 2006: 22) y en una estética en tanto privilegia a “los cuerpos aguantadores” (Garriga Zucal, 2010: 95).

Entonces ser “macho”, no sería cosa de cualquier hombre sino de aquellos que son capaces de “ir al frente”, entrar en el combate, bancarse los golpes y poner el cuerpo. Más allá de ganar o perder un enfrentamiento, es aguantador quién se quedó a pelear y puede exhibir sus marcas de la batalla. Es macho y aguantador quien “tuvo huevos”. Vemos así que la genitalidad cobra un valor central, en tanto representaría el coraje de los hombres, dentro de esta lógica. Más adelante señalaremos dónde ubican ese coraje o fuerza las mujeres.

Dicho esto, se observa que “el aguante en el fútbol es un atributo masculino. Para los integrantes de la hinchada pelear, resistir y no temer son cualidades de los “machos aguantadores”” (Garriga Zucal y Salerno, 2008: 80). ¿Qué pasa si las mujeres se pelean en el marco de un partido de fútbol? ¿Hay aguante? La categoría de aguante se nos vuelve un tanto incómoda, pues si por un lado nos permite mirar el mundo masculino, definir una moral que da cuenta de una forma hegemónica de ser hombre, al mirar al universo femenino es difícil despegar la carga androcéntrica de dicha noción para determinar qué es y que no es, el aguante para las mujeres. O en todo caso, quienes determinan si esa pelea es legítima, es decir, si los hechos de violencia adquieren un valor positivo es la mirada masculina. Entonces puede procederse a “salvaguardar”² a las mujeres o a juzgar esas prácticas de forma negativa, puesto que “las mujeres no se pelean”³.

1 El aguante, afirma Garriga Zucal, “es una categoría que une el mundo moral con el de las acciones” (2010: 50). En ese sentido constituye una ética y se transforma en una retórica en tanto “se estructura como un lenguaje, como una serie de metáforas” (Alabarces, 2006: 22) y en una estética en tanto privilegia a “los cuerpos aguantadores” (Garriga Zucal, 2010: 95).

2 Un ejemplo de lo que sucede cuando las mujeres se pelean ocurrió durante el trabajo de campo con la hinchada de Central Norte de Salta. El enfrentamiento fue entre hinchas del mismo equipo pero donde uno era un varón y su rival una mujer. El hecho generó una discontinuidad en el normal transcurrir del sector de la tribuna popular y de inmediato se produjo una intervención por parte del sector masculino. En sus configuraciones del universo masculino resultaba necesario proceder a “salvaguardar” a la mujer, que además acentuaba su imagen de inferioridad por su corta edad, al tratarse de una adolescente (Ibarra, 2011: 63).

Algo similar sucede en el ámbito del rock. Cuando las mujeres participan de las peleas, “los varones cuidan celosamente a las chicas que van con ellos, aunque ellas tienden a considerar excesivos estos recaudos” (Garriga Zucal y Salerno, 2008: 83).

Poner el cuerpo

El cuerpo adquiere centralidad en la lógica del aguante, porque es allí donde se evidencian no sólo las habilidades para plantarse y dar pelea, sino la capacidad de soportar el dolor y los daños producidos en el enfrentamiento (Alabarces, Garriga Zucal y Moreira, 2012: 9). “Ponerle el pecho”, entonces no es cosa de cualquiera sino de machos con “huevos” ya que “para los hinchas ‘tener aguante es mostrarle al otro que tenés huevo’, es mostrarle que ‘sos macho, que te la bancás’. Macho es el que demuestra bravura y valentía en un combate, el que se “la aguanta” (Alabarces, Garriga Zucal y Moreira, 2012:9).

Aguantar, no en su sentido dominante pero aún en el discurso nativo de los hinchas, también implica poner el cuerpo como resistencia a otros factores: a la capacidad de cantar en desventaja, a la resistencia de consumir alcohol y drogas, a los palos de la policía, entre otros (Gil, 2006: 335). De lo que se trata entonces es de “una corporalidad capaz de soportar cualquier eventualidad” (Gil, 2006: 335).

En el caso que nos ocupa, las mujeres que juegan fútbol dan cuenta de un aguante en estos términos. Aguantar es para ellas “poner el cuerpo”, pero no para demostrar coraje en un enfrentamiento donde se ejerce violencia física sino como estrategia de lucha para disputar el “territorio conquistado” (Binello, Conde, Martínez y Rodríguez, María Graciela, 2000: 34).

En una conversación con Belén Morelli, una de las máximas referentes del fútbol femenino en Salta, la jugadora y entrenadora en el club Central Norte daba cuenta de la resignificación del aguante para las mujeres:

“En el fútbol femenino hay que resistir. Ese es nuestro aguante porque el tema es que se sufre mucho el hecho de ser mujer. Hay diferencia con los hombres, ellos le dicen aguante a la hinchada pero para aguantar... aguantar aguantamos nosotras”.

Observamos en el fragmento de la entrevista cómo el aguante en el caso de las jugadoras está representado por dos acciones concretas: resistir y disputar. Pero este aguante no sólo se da en el

³ Ante un enfrentamiento que tuvieron jugadoras de fútbol en el torneo femenino que organiza la Liga Salteña, los diarios locales le dieron una cobertura sexista y desde una moral patriarcal. Por ejemplo, la web Qué Pasa Salta del 30 de noviembre de 2015, indicaba: “Que pueden jugar como hombres, de eso no hay dudas. De que también pueden pegar como ellos, de eso tampoco”. En este caso “las acciones que se juzgan son las que ponen en peligro el estereotipo de mujer: no puede jugar al fútbol, no debe pelearse, encima que las dejan jugar perjudican al deporte, deben ser sancionadas, deben ser castigadas” (Burgos e Ibarra, 2017: 12).

plano discursivo, sino práctico. En observaciones de campo se pudo verificar que las canchas que se asignan para los entrenamientos suelen ser las que están en peores condiciones y por consiguiente no las usan los varones, las jugadoras no cuentan con vestuarios, los árbitros que le asigna la Liga son los nuevos o los que como “castigo” son enviados al torneo femenino por haber cometido algún error en las otras divisiones de varones. Es decir, las malas condiciones implican una corporalidad que esté dispuesta a resistirlas, cuerpos preparados para dar prueba una y otra vez de que se la bancan, son cuerpos aguantadores de esa violencia simbólica que reciben por ser mujeres en terreno masculino.

Entonces hay aquí un componente de lucha práctica, en tanto, “el fútbol practicado por mujeres echa por tierra todos estos concepto inscriptos en la cultura patriarcal” (La Nuestra y Colectivo Co.Co.IN, 2017: 276). Pone en tensión los modelos hegemónicos de hombre y mujeres con los tipos de cuerpos que “naturalmente” le correspondería a cada uno, demostrando otras formas de vivenciar, representar y evidenciarlos. La lógica de dominación androcéntrica, que opera en el imaginario se potencia en el campo deportivo y, en mayor medida en el fútbol, por tratarse de un deporte de “fuerza” en contraposición a la construcción de la “debilidad” como cualidad “innata” de la mujer. Aparecen así uno de los bloqueos y representaciones acerca de las mujeres que deciden realizar esta práctica considerando que “pierden su femineidad y adoptan gestos y actitudes masculinas” (Binello y otras, 2000:43) en un campo construido social y culturalmente legitimado como una práctica restringida al género masculino (Garriga Zucal, 2007). Entonces aparece el estigma y pasan a ser las otras, “las changuitos”⁴.

Otra de las referentes del fútbol femenino local, capitana del club San Francisco, Cintia Fedre, manifestaba:

“Si me decís del aguante, la mujer mete como el hombre o tiene esa capacidad de aguantar un partido o de ir al choque, esas cosas, yo creo que sí. Y sobre todo acá en el norte, Salta, Tucumán, Jujuy somos convencidas de lo que hacemos, de la pasión que tenemos. Si tenemos que chocar chocamos, si tenemos que ir al piso vamos al piso, si tenemos que correr no sé cuántos minutos, los corremos. O sea, en ese sentido yo creo que sí, nos

⁴ En el noroeste argentino y en Salta particularmente se utiliza la denominación chango o changuito para hacer referencia a los hombres o niños, respectivamente.

subestiman mucho, los árbitros nos subestiman el juego que tenemos y por ahí las cosas se les van o llegamos a sorprenderlos para bien”.

En el discurso de la jugadora, el cuerpo vuelve a ser el foco donde centrar el aguante. Su referencia hace alusión a la resistencia física en cuanto a lo deportivo y toma como punto de comparación a los hombres. La lógica androcéntrica del término, dificulta la posibilidad de salirse de la comparación permanente, ya que por el momento “sólo pueden producirse en relación con un sentido cabal de lo dominante que es, en definitiva, la estructura de conjunto que les da sentido” (Binello, Conde, Martínez y Rodríguez, 2000: 48).

Sin embargo, es la práctica en sí misma la que emerge como contestataria a los supuestos cuerpos dóciles que tendrían las mujeres. Lo que surge “es el carácter activo y transformador de las prácticas corporales, promovido por una idea de cuerpo que, en tanto agencia, confronta, resiste y es capaz de crear prácticas alternativas a los modelos hegemónicos” (La Nuestra y Colectivo Co. Co. In, 2017: 275). En tal sentido, aunque no ciertamente contrahegemónico, se resignifica el aguante y otras formas de aguantar como la puesta del cuerpo a una violencia invisible pero que genera efectos concretos y materiales.

“No nos dan nada, pero es dejar un camino para las que vienen atrás”

El aguante como militancia. Estar, bancar proyectos, visibilizar y, de nuevo, ponerle el cuerpo. En el imaginario de las hinchadas de fútbol, aparece, aunque no de forma dominante este sentido del aguante.

“Etimológicamente, “aguantar” remite a ser soporte, a apoyar, a ser solidario. En la cultura del fútbol la categoría se carga de múltiples significados que conducen a la puesta en acción del cuerpo. Se puede “poner el cuerpo” de muchas maneras: alentando incesantemente al equipo, yendo a la cancha de local y visitante, soportando las incomodidades de los estadios y los viajes, resistiendo la lluvia, el calor, el frío (...). Parece que existe una regla para el hincha militante: “el aguante” es mayor ante la mayor dificultad atravesada por él y el equipo” (Alabarces, Garriga Zucal y Moreira, 2012: 8).

En el caso de las mujeres, la resignificación del aguante alude a esta capacidad de soportar frente a las adversidades. Aunque en este caso, el apoyo no sea en función de los colores de un club o de un equipo, sino de la práctica en sí, el fútbol. Vemos como algo que aparece dado para los hombres, en el caso de las mujeres se presenta como un lugar de disputa donde aguantar, es militar por la legitimidad de la práctica del fútbol.

El elemento que se suma es el sacrificio, como aquello que se debe hacer para lograr un fin. Las jugadoras comentaban:

“Es verdad, la Liga no nos da nada porque no te da las planillas, no te paga nada, o sea es todo a pulmón de las chicas. Pero hoy en día tengo chicas que han ido al seleccionado argentino a probarse y si no estás en una institución que es la Liga, no participás, es así. (...) Queremos ser alguien o queremos armar un camino, porque en realidad nosotras ya estamos de pasada y armando para las generaciones que vienen, para el sub 18, para el sub 13 si se arma y demás. Es dejar un camino para las que vienen detrás”.

Ese sacrificio al que refiere la jugadora también se lo vincula con la militancia de las mujeres por sostener lo que se fue consiguiendo en materia de avance y conquista de derechos. En el caso de Salta, el torneo femenino oficial que organiza la Liga Salteña tiene apenas cuatro años de vida sin interrupciones⁵. Pese a que no hay mujeres en la dirigencia, la agencia de las jugadoras peleando por la apertura de más divisiones, marcando su presencia en las canchas, gestionando apoyo externo, generando sus propios torneos, son las acciones que sin más satisfacción que la visibilidad de la práctica, sostiene su vigencia.

A diferencia de lo que sucede con los equipos masculinos, la construcción de una identidad en este caso, va más allá de los clubes. De hecho, torneo a torneo se observa cómo las jugadoras cambian de equipo sin demasiados resquemores. No hay una identidad clubística, porque tampoco los clubes permiten reforzar esos lazos. Entonces, si bien en la contienda deportiva cada equipo defiende sus colores, en el día a día, la militancia (siempre conflictiva) es por el proyecto, el fútbol femenino. Como sostiene Belén:

⁵ El torneo Anual Femenino organizado por la Liga Salteña de Fútbol se inició por primera vez en el 2008. Sin embargo, se desarrolló de forma discontinua hasta que en el 2014, tras la puja de los equipos femeninos se logra relanzar el torneo sin interrupciones hasta la actualidad. En su primera edición, participaron sólo las primeras divisiones pero a partir del 2015 se incorpora la categoría sub 18 debido a la cantidad de jóvenes jugadoras que integraban los planteles.

“Lo que pasa es que una tiene que todos los días superarse. Hacer el doble, el triple para que valoren un poquito. Porque sino nunca se llenan, nunca ‘no sí, el femenino’. Ese es el comentario de todos, ‘no, son mujeres, no tienen que jugar al fútbol, que hagan otra cosa’. Es el típico comentario de ellos, no hay nadie que diga... pocos hombre he escuchado, aunque si los he escuchado que digan: ‘no, sí, las chicas la verdad que ahora juegan re bien, la verdad que están superándose’. Pero la mayoría lo ve como que no, al no generar dinero, no les genera entrada de plata, no sirve. Algo así lo veo yo”.

En el fútbol femenino se aguanta la desigualdad pero como forma de disputar el espacio y militar su transformación. Aquí el conflicto es inevitable, incluso la pelea se observa que no es homogénea. Hay disputas internas que debilitan la lucha de fondo y la posibilidad de unificar estrategias colectivas.

A modo de cierre

Los dueños de la pelota siguen siendo ellos. Los que dominan y quieren marcar la cancha, pero el avance de las mujeres es insoslayable. Preguntarse sobre esos intersticios que nos permiten poder recuperar sus voces y a su vez, recrear sentidos para su propia práctica es aún un desafío y una tarea ardua.

Las mujeres que juegan al fútbol (también las que intentamos interpretarlo como hecho social) aunque disidentes y desafiantes al discurso dominante que les indica qué hacer y qué no, que les marca los límites de su desarrollo, que busca imponer modelos hegemónicos de femeneidad y masculinidad, mantienen todavía en el lenguaje formas dominantes desde donde contar(se). Sin embargo, hay reapropiaciones que ante claras situaciones divergentes y sobre todo, desiguales, que encuentran hombres y mujeres a la hora de salir a la cancha, van apareciendo y narrando otras formas de nombrar.

En este caso, intentamos recorrer, ir y venir por la noción del aguante, recurriendo muchas veces a su sentido dominante y partiendo de allí para comparar. Y en otras oportunidades, exploramos otras posibilidades para poder dar cuenta de cómo las mujeres ponen en palabras e imprimen en su propio cuerpo, otras formas de aguantar.

Entonces vimos, que si para el caso del fútbol y su hinchada, aguantar remite a una forma de construir, reconstruir y exhibir la masculinidad hegemónica, con las mujeres que juegan al fútbol no sucede lo mismo. Más bien, el aguante representa procesos de resistencia, puesta del cuerpo, disputa de los modelos de femeneidad asignados por el patriarcado, y militancia. Lo que se dirime entonces es una batalla cultural, que como diría Alabarces, encuentra en el deporte “la puesta en escena de las tácticas de resistencia en el marco de la disputa por una hegemonía cultural” (Alabarces, 2000: 19).

El cuerpo es central en cada caso, es un territorio de disputa. Las formas de poner el cuerpo difieren en los casos analizados. Mientras que el sentido dominante del aguante, necesita del cuerpo para demostrar hombría, virilidad, habilidad de pelea y “huevos”, es decir, reforzar el modelo hegemónico de ser hombre; las mujeres lo necesitan para visibilizar su práctica, en malas condiciones y para poner en tensión aquellos discursos que construían a la mujer como dócil, indefensa y restringida al ámbito familiar, es decir, romper una forma única de ser mujer.

Inicialmente nos preguntábamos si era útil intentar discutir o preguntarnos si había aguante en el fútbol femenino. Si la respuesta es no, inmediatamente quedaría saldada la discusión, pero para el caso que nos ocupa diremos que por el momento es un puntapié.

Esta breve exploración, nos otorgó algunos elementos más para seguir hilando por dónde van los sentidos propios que otorgan las mujeres a su práctica. Para seguir disputando, tomar la palabra con gramáticas y narrativas propias es clave. Porque aunque el deporte sea el mismo, con reglas similares, los modos son diversos. Es el territorio conquistado en el que emerge algo nuevo, disidente y entonces así se lo debe contar, en tanto que la función del lenguaje es alterar los códigos existentes y disputar nominaciones vigentes (La Nuestra y Colectivo Co.Co.In, 2017: 278), como el aguante. Si los sentidos nativos quedan ocluidos (Rodríguez, 2013), el desafío es desandarlos para volver a andarlos.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo (2000) Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina. Buenos Aires: CLACSO.
- Alabarces, Pablo (2004) Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política. Buenos Aires: Capital Intelectual, Colección Claves para todos.
- Alabarces, Pablo (2006) Hinchadas. Buenos Aires: Prometeo.

- Alabarces, Pablo (2006): “Fútbol, violencia y política en la Argentina: ética, estética y retórica del *aguante*”, en *Revista Esporte e Sociedade* N° 2, Río de Janeiro.
- Alabarces, Pablo; Garriga Zucal, José y Moreira, María Verónica. La cultura como campo de batalla. Fútbol y violencia en la Argentina en revista *Versión. Estudios de Comunicación, Política y Cultura*, n° 29, México: UAM-Xochimilco, abril 2012, pp. 2-20.
- Binello, Gabriela; Conde, Mariana; Martínez, Analía y Rodríguez, María Graciela (2000) “Mujeres y fútbol: ¿territorio conquistado o a conquistar?”. En *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Burgos, Ramón e Ibarra, Mariana (2016) Vergüenza y castigo: un análisis sobre la cobertura periodística de “incidentes” en el fútbol femenino salteño. Trabajo final para el curso de posgrado “Policías y “barras bravas” en un abordaje socio-antropológico de las violencias. Géneros, cuerpos y construcción de legitimidad, a cargo del Dr. Garriga Zucal, José, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta.
- Conde, Mariana y Rodríguez, María Graciela (2002) “Mujeres en el fútbol argentino: sobre prácticas y representaciones”, en *Alteridades*, N° 23, pp. 93-106. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/747/74702308.pdf>
- Garriga Zucal, José (2006) “Soy Macho porque me la aguanto”. Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino. En Alabarces P. Comp. *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga Zucal, José y Daniel Salerno (2008) “Estadios, hinchas y rockeros: variaciones sobre el *aguante*”, en Alabarces, Pablo y María G. Rodríguez (comps.): *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires: Paidós.
- Gil, Gastón Julián (2006) “Te sigo a todas partes: Pasión y aguante en una hinchada de fútbol de un club del interior”, en *Intersecciones en antropología*, N° 7, pp. 333-348. Recuperado de <http://www.scielo.org.ar/pdf/iant/n7/n7a24.pdf>
- Ibarra, Mariana (2011) “En el norte mando yo”. Construcción de identidad(es) en la hinchada de Central Norte de Salta. Tesis de grado, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta.
- Asociación Civil La Nuestra Fútbol Femenino y Colectivo Co. Co. In. (2017) “La Nuestra” y “Las Aliadas”. Sistematización de una experiencia de fútbol femenino en la Villa 31.

En Revista Zona Franca – Centro de estudios interdisciplinario sobre mujeres, Maestría poder y sociedad desde la problemática de género, Rosario, Argentina. ISSN, 2545-6504.

- Moreira, María Verónica (2006) “Trofeo de guerra y hombres de honor”. En Albarces P. Comp. *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo.
- Rodríguez, María Graciela (2013) “¿Qué es un campo, y tú me lo preguntas?”. En Comp. Branz y Otros, *Deporte y Ciencias Sociales. Claves para pensar las sociedad contemporáneas*, La Plata: EDULP.